

**La ciudadanía inconclusa de los jóvenes bonaverenses.
Las formas asociativas juveniles y la potencialidad
de su capital social en Buenaventura (Valle)***
**The unaccomplished citizenship of the youth from Buenaventura City.
The forms of youth associations and their social capital potential
in Buenaventura City**

David Fernando Erazo Ayerbe**

Resumen

Este artículo hace parte del proceso de divulgación y potenciación de la investigación “Juventud bonaverense: capital social, constitución de sujetos sociales y políticos”, desarrollado entre los años 2009 y 2010 con 52 dinámicas asociativas juveniles (formales y no formales) en el municipio de Buenaventura, y financiado por convocatoria interna de investigaciones de la Universidad del Valle para sus sedes regionales, en 2009.

Presenta algunas reflexiones empíricas sobre el concepto de ciudadanía, articulándolo con dos dimensiones básicas de reflexión: el capital social, como vínculos y relaciones que permiten la construcción de colectivos sociales; y las nociones de sujeto social y político, a la manera de pautas estructurantes de la acción social de los jóvenes bonaverenses que integran distintos colectivos sociales en la ciudad puerto más importante de Colombia.

Palabras claves: jóvenes, ciudadanía, sujetos sociales-políticos, derechos, participación.

* Este artículo fue presentado como ponencia en el XI Encuentro Centroamericano y del Caribe de Políticas Sociales y Trabajo Social. Políticas e intervención social, multiculturalismo y derechos humanos, en el eje temático Ciudadanía y Ciudadanías; evento organizado por la Universidad de Cartagena y celebrado en Cartagena de Indias en abril de 2011

**Trabajador Social. Especialista en teorías, métodos y técnicas de investigación social. Estudiante de Maestría en Historia. Docente-Investigador Universidad del Valle, sede regionales. Coordinador de Investigaciones, Universidad del Valle sede Cartago. Correo electrónico: daferazo@yahoo.es

Recibido: 31 de enero de 2014 **Aprobado:** 28 de febrero de 2014

Abstract

This article is part of the process of dissemination and strengthening of the research project “Juventud bonaverense: capital social, constitución de sujetos sociales y políticos”, carried out in 2009 and 2010 with 52 (formal and non-formal) dynamics of youth association in the city of Buenaventura, funded through an internal Universidad del Valle call for research projects, for its regional headquarters, in 2009.

It presents some empirical reflections on the concept of citizenship, in connection with two basic reflexive dimensions: social capital, such as links and relationships that allow the construction of social groups; and the notions of social and political subjects, in the form of structural patterns for the social action of Buenaventura’s youth who participate in several social groups in Colombia’s most important port city.

Keywords: youth, citizenship, social-political subjects, rights, participation.

Sumario: 1. Introducción, 2. Una caracterización básica de las dinámicas asociativas juveniles, 3. Al hablar de ciudadanía(s), sujetos y capitales, 4. ¿Cómo se articulan las características de capital social?, 5. A manera de conclusión: ¿y qué de la política social? y 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

A partir de la pregunta ¿Cuáles son las características del capital social expresado entre los jóvenes pertenecientes a grupos juveniles de la ciudad de Buenaventura y cómo estas características favorecen o dificultan la constitución de estos jóvenes como sujetos sociales y políticos?, el presente artículo propone una reinterpretación crítica de los abordajes del capital social y de los sujetos sociales-políticos (históricamente disociados), desde el caso particular de las agrupaciones juveniles de la ciudad puerto de Buenaventura (Colombia). Para ello se hace énfasis en la relación estructura-acción, desde donde se construyen unos discursos institucionales de inclusión pero se experimentan condiciones cotidianas

de exclusión, a las que hacen frente los jóvenes que deciden asumirse colectivamente como sujetos activos de sus contextos, en distintos niveles, formas y expresiones organizativas. Estos aspectos nos cuestionan sobre la práctica real y potencial de la ciudadanía, al tiempo que nos convocan a pensar unas ciudadanía alternativas e instituyentes en medio de mapas de vulnerabilidad generalizados.

Para el rastreo de estos asuntos, se estableció un proceso investigativo con un abordaje de integración metodológica de tipo complementación. Por un lado, se tuvo en cuenta una dimensión cuantitativa con la que se rastrearon las características del capital social presente en los grupos juveniles, mediante un sondeo aplicado a 52 formas organizativas juveniles, siguiendo los parámetros de un muestreo aleatorio proporcional de la población que participaba en los grupos juveniles identificados a lo largo de la experiencia de trabajo por más de cinco años en el contexto distrital. La muestra final incluyó un total de 204 casos encuestados.¹ Por otro lado, se planteó una dimensión cualitativa como estrategia de acercamiento comprensivo a las cuestiones de los sujetos sociales y políticos, lo cual permitió rastrear las lógicas relacionales que se establecen al interior de las dinámicas asociativas juveniles. Para ello se efectuaron 5 grupos focales (2 con líderes de los grupos juveniles y 3 con miembros de la base de los grupos) y 14 entrevistas semiestructuradas, con las cuales se buscó detallar los procesos de constitución de sujetos sociales y políticos como experiencias vividas por sus protagonistas.

Ambas técnicas cualitativas revelaron unas interacciones cotidianas de colectivos cada vez más conscientes de su posición social en la ciudad, expresadas en un sentido de lo colectivo más allá de su condición endógena, que podría entenderse como la expresión de nuevas ciudadanía, en las

¹ En las encuestas de la investigación se establecieron cuatro grandes dimensiones (las características generales del encuestado, las redes de apoyo social, los rasgos de asociatividad y los niveles de confianza), que se exploraron a partir de 77 preguntas, combinando preguntas de selección múltiple, de calificación y de respuestas abiertas. La prueba piloto de la encuesta fue aplicada a 12 jóvenes, 6 hombres y 6 mujeres, que cumplieran con los criterios de inclusión muestral para el estudio (habitar actualmente en Buenaventura y pertenecer a algún grupo u organización juvenil vigente en su contexto por un periodo superior a 6 meses). La muestra final fue capturada en la perspectiva estadística de una muestra falsa con una proporcionalidad del 25% por grupo, que permitió minimizar el margen de error al 3% y ganar un nivel de confianza del 97%.

que el goce de los derechos, la reivindicación de sus identidades sociales y la asistencia social y comunitaria cuestionan la experiencia vivida de bienestar y dan una batalla cotidiana por la inclusión social.

Este asunto es de especial importancia si se considera el problemático contexto de referencia, dado que, en el que es reconocido como el principal puerto comercial y turístico sobre el Pacífico colombiano, la juventud de la ciudad costera de Buenaventura se decide a actuar en múltiples formas y prácticas organizativas con las que sobrelleva su vida y, en algunos casos, desde las que propone otras formas de ser y estar en colectivo, con la convicción de constituirse como alternativa a las desfavorables condiciones en las que los jóvenes han vivido históricamente, asociadas a la marginación, la dependencia, la pobreza y el desencanto de un imaginario que asocia las prácticas políticas de la institucionalidad estatal a un sistema corrupto, inequitativo y clientelar, en el que es poco probable resolver con efectividad sus problemas inmediatos. En ello estriba la importancia central de este estudio y de las reflexiones aquí presentadas: de alguna manera permiten desestigmatizar la juventud en medio del conflicto, sobre la lógica reduccionista y grotesca de víctima-victimario, proponiendo una revaloración proactiva de los jóvenes, con sus limitaciones y posibilidades, sobre todo si se busca repensar procesos de intervención social alternativos a las lógicas instituidas en el “sentido común” de la intervención.

Los tránsitos cotidianos y las manifestaciones y dinámicas organizativas juveniles en el contexto bonaverense no deben ser leídos como simples opciones de tiempo libre, con la ingenuidad de quien desconoce sistemáticamente la capacidad de agencia del otro, bien por su inconveniencia, bien por su improcedencia o bien por el riesgo que esgrime ante la disputa de bienes escasos, como en esta oportunidad sería *el control sobre el futuro*, hoy cada vez más presente, como diría Ortega y Gasset (1981) al referirse a la juventud y los conflictos generacionales. Para nosotros,² estas prácticas asociativas denotan una potencial capacidad movilizadora, a la manera de acciones colectivas³ que se construyen en esa cotidianidad de la

²La alusión al “nosotros” corresponde a las reflexiones generadas al interior del equipo de trabajo durante el proceso de investigación. Dicho equipo estuvo constituido por estudiantes, monitores y profesores que participaron directa e indirectamente en el proceso y con quienes compartimos extensas jornadas de reflexión y retroalimentación de los resultados.

³Nos referimos al concepto de acción colectiva en una definición amplia, como “el resultado de

usanza conjunta de ser jóvenes, a veces no muy clara (como en cierto tipo de grupos juveniles deportivos) y en otras tantas con un abigarrado sentido de lo comunitario (como en grupos vocacionales-confesionales, políticos, etc.), que también hace parte de sus experiencias vitales.

2. Una caracterización básica de las dinámicas asociativas juveniles

Desde la perspectiva presentada anteriormente, y con los datos recolectados durante el proceso de investigación, nos permitimos construir una tipología básica de al menos seis formas asociativas juveniles arquetípicas, que varían en su forma, amplitud y composición, a saber:

1. *Artístico-culturales*. Estos son los de mayor representatividad, con un 38.46% entre los sujetos encuestados. Su dinámica está asociada habitualmente a las prácticas folclóricas del Pacífico, en especial a actividades como las danzas y la música autóctona, como abosaos, currulaos, mapalés, aguabajos, alabaos, bambazúes, fugas, bundes, bogas, entre otros ritmos afrocolombianos, muchos de los cuales son acompañados por la interpretación musical de los mismos jóvenes, lo que hace que en el trabajo folclórico se aprendan a tocar marimbas, guasas, cununos, redoblantes, tamboras, guitarras, etc. Los grupos folclóricos se convierten de esta forma en un escenario de aprendizaje, transmisión y reivindicación cultural de la afrocolombianidad, por lo menos desde su dimensión artística expresiva, a la que cotidianamente se asocia la cultura negra. Sin embargo, estos no son los únicos grupos que hacen parte de esta categoría, se incluyen aquí también aquellos que desarrollan como práctica artística la danza contemporánea o la interpretación musical de ritmos como el reggaetón, el hip hop y la salsa; estos grupos son más escasos (entre los encuestados) pero denotan una vocación artístico-cultural en las prácticas asociativas juveniles.

propósitos, intenciones, recursos y límites, como orientaciones construidas por significados de relación dentro de un sistema de oportunidades y restricciones [en el caso de Buenaventura, más restricciones que oportunidades] y no solo precondiciones estructurales ni expresiones de valores y creencias. Son los individuos que participan en las acciones colectivas los que ponen los límites y restricciones de su acción a sus metas y les dan significado a su ‘estar juntos’ a partir de las relaciones que los vinculan. Los actores producen acciones colectivas para definirse a sí mismos y a sus relaciones con el entorno, una definición no lineal sino determinada por la interacción (negociación-oposición de orientaciones)” (Melucci, 2004: 2).

Finalmente, en esta categoría quedan incluidos los grupos de teatro (tres entre los encuestados), cuya producción artística, muy referida a temas sociales y de la cotidianidad de los bonaverenses, se constituye en referente de reflexión crítica en la que participan los jóvenes; esta dinámica es muy interesante por la proyección social que denota, pues la puesta en escena de problemas sociales de la cotidianidad de los jóvenes (o de Buenaventura en general) es una forma de “poner la voz de la juventud en público”, desde estrategias de orden lúdico-pedagógicas, muy popularizadas en instituciones educativas y jornadas de sensibilización de ONG o de la propia administración municipal, al abordar los temas sociales.

2. *Religiosos*. Las dinámicas juveniles asociadas a la práctica religiosa corresponden al 28.85%, por la vía de grupos de oración, de alabanza, de catequesis o de acción filantrópico-caritativa de inspiración confesional. En buena parte de estos grupos todas estas actividades se conjugan como ejercicio de su vocación en la fe, que constituye la forma empírica de expresar sus credos, habitualmente asociados a prácticas como la alabanza y adoración a Dios (que puede ser por la vía de la danza, la interpretación musical o la oración), la ayuda al prójimo y un comportamiento moralmente virtuoso de “buen cristiano”, que bajo la observancia de estos preceptos garantiza, según sus creencias, la gracia divina, la salvación o la entrada al paraíso.

Desde luego, esta connotación de orden ideológico confesional constituye un escenario de encuentro intersubjetivo de significaciones dentro de las cuales se adscriben algunos jóvenes de Buenaventura en búsqueda, según testimonios de los encuestados, de tranquilidad interior, de plenitud del ser o de reproducción de prácticas tradicionales familiares en las que son inscritos a muy temprana edad. A nuestra consideración, estos elementos mínimos son importantes y suficientes para esta investigación, pues profundizar en el fenómeno religioso en la ciudad o desde la perspectiva juvenil, sin desconocer su atrayente carácter científico y la importancia que esto conlleva, sobrepasa los límites de este ejercicio académico de reflexión.

3. *Políticos*. Incluimos en esta categoría las formas asociativas juveniles, representadas en el 17.31% de los grupos encuestados, que abierta y

claramente se autodefinen como políticos. En la inmensa mayoría de los casos, su constitución ha sido formalizada mediante documentos, actas de conformación y declaración de intenciones, en las que de una u otra forma presentan un objeto social o argumentan su existencia grupal enfocándola en la cooptación de algunas instancias de participación social, habitualmente formales (mediante mecanismos de participación constitucional), lo que de entrada denota una consciente y directa relación con el Estado como interlocutor y responsable de la garantía de sus derechos como jóvenes y como ciudadanos de este país.

Los miembros de estos grupos muestran procesos un tanto más cualificados en términos de representación, jurisprudencia y participación social; supráctica, algunas veces asociada a partidos políticos convencionales (a los que habitualmente critican) y a otras formas asociativas alternativas de representación de intereses, como las ONG, hacen un constante llamado a la visibilización de la juventud como segmento poblacional con demandas a atender, por lo cual se valen de su conocimiento y manejo de la ley y se ubican en instancias formales de representación, como el Consejo Municipal de Juventud o las mesas y comités de trabajo sobre política de juventud, para buscar interlocuciones con el Estado en distintos niveles.

En general, en los discursos de esta representación juvenil se pueden identificar dos tipos de reivindicaciones básicas: las poblacionales (jóvenes, mujeres, desempleados, etc.) y las étnico-territoriales, aunque en la práctica sus límites son difusos y sus prácticas aglutinan acciones argumentadas desde distintos lugares de la reivindicación.

4. *Académicos.* Categoría conformada, en términos generales, por grupos de estudio de instituciones de educación superior (universidades e institutos o el SENA) y de instituciones educativas de básica secundaria y media vocacional, correspondientes al 9.62% de los encuestados. En el primer caso, son creados por los mismos jóvenes (estudiantes) para resolver problemas prácticos temáticos en el desarrollo de su disciplina y formación; y en el segundo caso, generalmente, son promovidos desde las directivas o los profesores de los colegios, algunos en el marco de los proyectos educativos institucionales, y otros como estrategias formativas preventivas en problemáticas específicas, como salud sexual y reproductiva,

el consumo de psicoactivos, la promoción de la convivencia y la resolución alternativa de conflictos, la gestión ecológica y ambiental, entre otros.

En ambos casos, los miembros de estas dinámicas asociativas que hemos definido como académicas muestran una disposición a la proyección de su acción grupal, que si bien es en primera instancia pensada para ellos, generalmente es aprovechable en aras de un margen mayor de incidencia en los compañeros de las instituciones educativas (de profesión o del colegio) o en los barrios cercanos a las instituciones de las que hacen parte, pues la focalización de su trabajo en áreas específicas del conocimiento les permite algunos niveles de propiedad en el lenguaje y en el manejo temático que, como ellos lo expresan, sirve para multiplicar sus conocimientos.

Grupos como El Combo o CERUV han iniciado su vida asociativa como grupos académicos, pues el escenario de la universidad es el que los junta, pero hoy se definen decididamente políticos porque sus acciones se inscriben en la órbita de la representación estudiantil y de procesos sociales de mayor envergadura, ligados pero no necesariamente determinados por temáticas eminentemente académicas focalizadas.

5. *Deportivos*. Con un peso porcentual de 3.85% en las encuestas aplicadas, esta categoría la conforman jóvenes cuyo sentido de convergencia colectiva se estructura en torno a la práctica de alguna disciplina deportiva, especialmente fútbol, baloncesto y bicicross; las dos primeras están ampliamente popularizadas en la ciudad, mientras que la tercera disciplina es una práctica emergente y desafiante del contexto urbano, pues los jóvenes no constituyen grupos formalmente definidos sino que se suelen agrupar por adhesiones simbólicas, donde la ciudad se constituye, según sus propias palabras, en una “gran pista” para transitar. Itinerantes y ocupantes de los espacios urbanos, irrumpen en la escena pública de la ciudad con una práctica no convencional de manera informal, que incluso intenta transgredir los usos sociales de los espacios que utilizan, lo cual a veces les ocasiona líos con la autoridad o con los dueños de locales o centros comerciales donde salen a hacer su práctica de deporte extremo.

El fútbol y el baloncesto constituyen prácticas más institucionalizadas, con mayores niveles de formalidad en cuanto a entrenamientos y participación en campeonatos, e incluso a veces como forma de sustento

económico ocasional (jugar un partido implica en ocasiones remuneración económica). Hay algunas escuelas de fútbol o grupos que “ven un futuro en el deporte”, pues es bien sabido que Buenaventura es una cantera de deportistas para el país.

6. *Otros*. El 1.91% de los grupos encuestados corresponde a grupos que se forman por la motivación de diversas ONG o de agencias de cooperación internacional, generalmente en los barrios marginales y con mayores niveles de conflictividad, con la intención de aportar a la convivencia desde la acción comunitaria que promueven en su práctica asociativa. Temas como la resolución de conflictos, los derechos humanos o el género son aspectos abordados y multiplicados por estos grupos, con acompañamiento institucional definido.

Una segunda variable a considerar son los niveles de formalidad de estas 52 dinámicas asociativas juveniles, para lo cual existen dos datos de relevancia: uno corresponde a la efectiva formalización de los grupos ante entidades oficiales como la Cámara de Comercio, en los que la representación legal se enmarca en parámetros oficiales de organizaciones sin ánimo de lucro (como fundaciones o asociaciones). Para el 53.84% de los grupos juveniles que se han constituido legalmente como organización, ello implica el reconocimiento de su vida institucional ante instancias de poder y de la administración pública. En este rango de grupos formalizados aparecen buena parte de los grupos artístico-culturales, los cuales, por la vía de la formalización, consiguen presentaciones remuneradas y contratos en eventos públicos; también están los grupos políticos, cuya vida institucional formalmente establecida les permite otros niveles de discusión e interrelación con entidades públicas y privadas, algunas veces por la vía de la ejecución proyectos sociales.

El segundo dato corresponde a la variante contraria, es decir, los grupos y dinámicas asociativas no formales (46.16% de los grupos), las cuales priorizan su dinámica, su hacer cotidiano, y para las cuales tener una identificación tributaria o jurídica no es una condición significativa. En general, encontramos aquí a los grupos académicos, deportivos y buena parte de los religiosos, para quienes sus prácticas grupales constituyen una función propia de orden más endógeno (alabar en su fe, capacitarse, desarrollar su

habilidad deportiva), es decir, con relación a ellos mismos y no necesariamente (aunque no excluyentemente) en una directa relación con su entorno inmediato. En el caso, por ejemplo, de los grupos académicos cuyos asuntos tienen un alto contenido de proyección social, la figura representativa formal es sustituida por la institución que acompaña sus prácticas (por ejemplo el colegio, la ONG o la agencia de cooperación internacional), o simplemente sus actividades no han requerido niveles de formalidad estructurada, como la de una personería jurídica, para el desarrollo de su objeto.

Es muy interesante entonces esta tendencia en los tipos de asociaciones juveniles, pues quienes decididamente buscan afectar el entorno social desde su condición de jóvenes establecen mecanismos formales de representación, mientras que quienes ven en sus prácticas una opción de acción juvenil más carismática y autorreferida no usan necesariamente estas instancias de representación formal.

Con base en estas dos características (tipología grupal y nivel de formalidad) es posible establecer un perfil general de las dinámicas asociativas juveniles, que pasa por el reconocimiento de múltiples formas de experimentar la juventud, siempre asociadas a la relación con los pares y al desarrollo de acciones asociadas al tiempo libre⁴ (distinto del tiempo del trabajo o del estudio, que comprometen mayores niveles de obligatoriedad y compromiso personal y familiar). Así, la cotidianidad de la relación que se establece en las dinámicas asociativas permite la construcción de fuertes vínculos afectivos y solidarios entre los jóvenes, y al constituirse como nucleamientos de lo colectivo, dichos vínculos posibilitan la configuración de intersubjetividades o subjetividades colectivas, entre las que el mundo vivido de manera personal se objetiva, experimentándose como condición colectiva. Así transita y se tramita la información referida a la realidad social, al contexto inmediato y a las relaciones filiales y comunitarias, reconociendo las condiciones estructurales en las que todo ello tiene lugar.

⁴El tiempo libre, es decir, el tiempo para hacer aquello que no se establece con parámetros de obligatoriedad en el contexto de la sobrevivencia personal y familiar, de tal modo que opera como el espacio y momento ideal para desarrollar las actividades que nos gustan, lo que cada quien quiere, un tiempo donde prima la lógica del *querer hacer* sobre la del *deber hacer*; es un espacio de elección personal que cada uno define cómo lo orienta, qué hace, con quién lo comparte; el tiempo libre es entendido entonces como los momentos en los cuales el joven ejerce mayor autonomía sobre su vida, logrando satisfacer necesidades de tipo relacional, de identificación, de pertenencia y afectivas, primordialmente junto a su grupo de pares.

3. Al hablar de ciudadanía(s), sujetos y capitales

La invención de la ciudadanía como categoría expresa un nuevo tipo de sujeto, cuyos vínculos con el contexto en el que está inmerso transitan por la reivindicación de una serie de derechos consustanciales a la condición humana, que permiten un lenguaje común y unos mínimos de acción sobre los cuales es posible definir las normas sociales (y jurídicas) básicas para el actuar conjunto. La ciudadanía es a la vez el conjunto de los derechos civiles, políticos y sociales conquistados por las sociedades y su institucionalización jurídico-legal, que requiere del aparato estatal para su ordenamiento, lo que implica una doble condición de su existencia: su reconocimiento por parte de los propios sujetos, la sociedad en su conjunto y el Estado, como aceptación de su existencia en cuanto deberes y derechos, y la inclusión, sobre la base de mecanismos e instancias concretas y operativas, por medio de las cuales la ciudadanía cobra vida activa, y esto implica disposiciones, recursos y voluntades de acción en función del derecho al goce de todos los derechos.

Así, la ciudadanía no depende solamente de un conjunto de normas y reglas sociales con respecto a los derechos, sino, sobre todo, de una subjetividad instituida socialmente respecto al particular, en el que la inclusión y el reconocimiento tienen que ver con un asunto de justicia social y de equidad social, que en condiciones de alta vulneración de derechos —como en el caso de Buenaventura— es difícil encontrar, pues el mapa de vulnerabilidad generalizado⁵ que experimenta la ciudad cuestionaría de entrada la posibilidad real de que la juventud sea un actor ciudadano de relevancia y con garantías para participar proactivamente en la dinámica municipal.

⁵ Según datos del censo DANE 2005, Buenaventura es el segundo municipio con necesidades básicas insatisfechas (NBI). Alrededor de 70.000 personas (sobre)viven en 25 barrios de invasión en el casco urbano y, sumado a esto, Buenaventura es uno de los municipios con mayor índices de desempleo y subempleo, que provoca una dinámica social propicia para la pronta incursión de los jóvenes (como fuerza productiva desaprovechada) a la economía informal (ventas ambulantes o estacionarias, construcción, rebusque, etc.), a la economía del narcotráfico o a la subsistencia por la vía de la ilegalidad (pandillajes, hurtos, vinculación a grupos insurgentes o paramilitares). De acuerdo con el informe especial de CODHES (Consultoría para los derechos humanos y el desplazamiento forzado) del 19 de julio de 2007, la pobreza en Buenaventura cobija al 73.67% y los niveles de miseria recogen al 20.97% de la población; de un total de 276.571 pobladores de Buenaventura (Datos de la Personería Municipal), el 86.8% viven en la zona urbana y 13.2% en la zona rural; la esperanza de vida en varones es de 69.2 años y en mujeres de 75.3 años (Erazo, 2007: 6).

De hecho, el agitado contexto sociopolítico de la ciudad durante el último lustro, que ha implicado un incremento de la violencia organizada y la violencia generalizada, con la participación de todos los actores en conflicto, ubica “en el ojo del huracán” a la población juvenil en su doble dimensión víctima-victimario, y la asocia de una u otra manera a las prácticas de confrontación y guerra que vive la ciudad. Como consecuencia, se presenta la estigmatización de la condición de juventud, el desconocimiento de las adversas condiciones (estructurales) de su existencia y la desvaloración e invisibilización de sus aportes como sujetos constructores de sociedad.

Este desmejoramiento acelerado de las condiciones de vida, además de una larga historia de clientelismo, burocratización y corrupción política y fiscal, puede estar provocando en la población juvenil de Buenaventura una “desesperanza aprendida”⁶, de modo que la despolitización institucional de su vida colectiva, sumada a las cada vez más reducidas opciones y espacios de participación e interlocución, reducen el crédito en las organizaciones tradicionales y provocan la carencia de la participación juvenil por los canales institucionales habituales (partidos políticos, movilización estudiantil u organizaciones como las juntas de acción comunal o los comités vecinales) como mecanismo para la autorrealización y la obtención de logros. La mayoría de las organizaciones juveniles existentes centran sus esfuerzos en las prácticas deportivas o en expresiones artísticas (especialmente los bailes —folclóricos y contemporáneos— y el teatro), en las que deniegan su potencial político como reconstructores de sociedad.

Es aquí donde cobran importancia los microescenarios de interacción juvenil, pues las formas asociativas juveniles constituyen nucleamientos de lo colectivo donde se estructuran subjetividades colectivas referidas al *ser*

⁶Expresada en una moratoria juvenil, en la que el tránsito a la adultez no garantiza procesos plenos de integración social, con la consiguiente brecha de expectativas deseadas y posibles, que genera en los jóvenes comportamientos definidos como disruptivos o enraizados: deserción escolar, apatía política y existencial, crisis normativa o conductas de riesgo, que son nombres con los que el mundo adultocéntrico trata de explicar la vida de los jóvenes. Esta desesperanza termina por manifestarse en problemas de orden psicológico, de frustración y agresividad contenidas, que se asocian indirectamente a las denominadas causas externas de muerte, como la tasa de accidentes, homicidios y suicidios. Así, el incremento de la violencia originada en las frustraciones y la marginalidad que imponen las sociedades altamente desiguales y con enormes brechas entre expectativas y logros, se da en forma exacerbada entre algunos segmentos de la población juvenil bonaverense.

joven; la juvenilidad se construye en la dinámica del estar juntos, del hacer juntos y del ser juntos, como palimpsesto experiencial donde se escriben e inscriben las múltiples identidades juveniles, constituyendo mecanismos de diferenciación e identificación a los cuales se adscriben los jóvenes, generando formas públicas de representación de un sujeto diferenciado, en múltiples expresiones, “como dispositivo de pluralización de identidades” (Sánchez y González, 2006: 28).

Las dinámicas asociativas cumplen un papel fundamental en estas representaciones de la identidad, pues ellas son escenarios de encuentros cotidianos, algunos institucionalizados, que perfilan formas particulares de asumir la experiencia juvenil de los sujetos en relación con ellos mismos y con su entorno sociocultural, desde la manifestación pública del inconformismo y la acción deliberada de incidencia cotidiana en contextos microlocales, que podríamos definir en buena parte de los casos como experiencias de participación social y comunitaria, y en otros como participación política.

Desde luego, el concepto de participación toma muchos matices, que deberán ser revisados detenidamente en el desarrollo de las experiencias asociativas juveniles en Buenaventura; por ahora, baste con decir que el sentido amplio con el que se asume la categoría *participación* en este contexto de reflexión sobrepasa la mera acepción convencional de “estar ahí” o “hacer parte de...”, pues la sola presencia de las personas (en este caso los jóvenes) en una situación determinada no los ubica en su relación como sujetos, reflexivos y críticos, de sus condiciones socio-históricas y potencialmente capaces de interferir en el curso de su existencia a favor de su proyecto vital. Por el contrario, una presencia absolutamente irreflexiva, sin un sentido práctico, como diría Pierre Bourdieu (2007), abona el terreno para la manipulación de las colectividades en función de intereses extraños, muchas veces externos a ellos, que incluso niegan su propia valía como actores sociales relevantes, en tanto son usados para fines instrumentales ajenos a sus aspiraciones colectivas o, por lo menos, a sus necesidades sentidas.

Es en el marco de estas reflexiones sobre la participación (como acción deliberada y consciente que incide sobre los entornos vitales donde transitan

estas experiencias gregarias juveniles) donde aparecen las consideraciones en torno a lo que los jóvenes asumen como “la política”, a diferencia de lo político, como nos lo recuerda Humberto Vélez (1992) al referirse a los ámbitos e instancias que regulan las relaciones sociales en el marco de las consideraciones de los estados y las sociedades modernas.⁷

Lo que está en juego es la posibilidad de establecer relaciones distintas a los modelos de acción política convencionales. La construcción del otro (los amigos, el parche, el grupo), en el terreno de las posibilidades reales de participación en el que juega la juventud bonaverense, hace necesaria una diferenciación sustancial entre formas convencionales y alternativas de participación social y política, por eso las formas asociativas proponen mecanismos directos de acción, desde los contextos microlocales, en las relaciones recíprocas y “cara a cara”, donde intentan resolver con cierto nivel de manejo y control sus cuestiones colectivas, aquellas que se experimentan como problemáticas, indeseables y susceptibles de modificación.

Así, el motor problemático que anima a la participación y a este despliegue de formas comunitarias de resolver problemas colectivos corresponde prioritariamente a las dificultades de acceso a bienes y servicios, en un contexto generalizado de exclusión, con una característica central: la mayoría de los jóvenes que participan en estos grupos tienen el mínimo de condiciones estructurales de vida medianamente resuelto (de hecho, ese es un factor clave para disponer de los tiempos para participar en los grupos). Es también importante plantear que en buena parte de los casos los integrantes de los grupos juveniles viven en situación de privación (relativa) de sus condiciones socioeconómicas, pero que en comparación con otros jóvenes de sus contextos próximos, no logran ser los más empobrecidos o quienes están en peores condiciones, lo que implica que por su cuenta o con la ayuda de otros adelanten acciones para dar respuesta a tales dificultades en un contexto colectivo (entre ellos, con sus familias o sus vecinos).

⁷ Una esquemática pero clara delimitación de esta tensión, que a veces resulta engorrosa y difusa, la podemos encontrar en Torres Carrillo (2007: 77), cuando se refiere a “lo político desde las organizaciones”, en el marco de sus discusiones sobre identidad y política en la acción colectiva.

Así, las acciones grupales contienen elementos de proyección social; es decir, en la mayoría de los casos, más allá de la dinámica propia del grupo (bailar, cantar, adorar, instruirse) está el poder replicar sus prácticas a favor de su comunidad (barrio, cuadra, comuna, etc.). Estaríamos de esta manera frente a una solidaridad instituyente entre los jóvenes que participan en las dinámicas asociativas, organizada bajo el principio de acceder colectivamente a aquello que no sería posible de forma individual, construyendo de paso redes de relaciones entre ellos, que en la sociabilidad cotidiana les permiten ganar poder de acción frente a su propia condición y la orientación colectiva de su futuro (aunque este sea visto en el corto plazo).

Estos mutantes contemporáneos que han desarrollado capacidades para convivir en la crisis y desde sus ámbitos diferenciados de pertenencia han puesto a funcionar los signos de la crisis en otro registro, pueden no saber bien qué es lo que quieren pero saben muy bien qué es lo que no quieren. Es desde estos cambiantes sentidos por donde hay que pensar la cultura política profundamente imbricada en los sentidos sociales de la vida.

El que muchos de los jóvenes no opten por prácticas y formas de agrupaciones partidistas o institucionales y el hecho de que no parezcan ser portadores de proyectos políticos explícitos, desde una perspectiva tradicional, puede ocultar los nuevos sentidos de lo político que configuran redes de comunicación desde donde se procesa y difunde el mundo social (Reguillo, 2000: 138).

Pero sería un error creer que son las “condiciones objetivas” de carencias y necesidades las que impulsan las acciones grupales; más bien creeríamos que hay que entender, tal como se ha insistido en este documento, que los escenarios de encuentro son espacios de intersubjetividad, de intercambio de lecturas e interpretaciones del mundo, en los que las necesidades y las carencias son comprendidas de maneras distintas, precisamente por el intercambio subjetivo sobre la percepción de los problemas; así la acción grupal, el encuentro y el intercambio con los otros impulsan niveles de conciencia necesarios para *hacer necesaria la necesidad*.

Hablamos entonces de la subjetividad como una ruta desde la cual las condiciones objetivas cobran sentido en la conciencia, es decir, aparecen en

el universo de posibilidades de la realidad, no como una invención personal dissociada del mundo que la contiene o como especie de “iluminación” personal producto de su (mágica) relación con el entorno; si esto fuese así, la mera condición de pobreza (o de marginalidad, de sometimiento o de discriminación) bastaría para que “los pobres” (o “los marginados”, “los sometidos” o “los discriminados”) adelantaran acciones para salir de la condición que vulnera su humanidad.

Dicho de otra manera, la construcción de necesidades, a las que podríamos llamar sociales, por el sentido compartido que puede tener para un grupo social determinado (en este caso los jóvenes y sus contextos comunitarios), implica sintetizar productos comprensivos de la situación vivida colectivamente, y articular lecturas y discursos que representan el mundo social, pero que a la vez lo reconfiguran en clave comprensiva, que se incorporan en la conciencia y se esgrimen luego como pautas justificadoras de la acción individual y grupal. La construcción de las necesidades sociales es entonces un proceso complejo de construcción social de la realidad (Berger y Luckman, 2001), que circula entre la subjetivación, la objetivación y la internalización.

Las condiciones objetivas de carencia y necesidad, intercambio y significación beben de diferentes fuentes: otros que conocen más y comparten sus conocimientos, la academia que forma, las historias personales y familiares con tradiciones participativas o, por antinomia, una historia de rechazo a formas convencionales de participación.

En general, la construcción intersubjetiva de necesidades sociales pasa por la circulación de información que cualifica y califica la conciencia, construyendo imaginarios sociales sobre las condiciones de vida y las necesidades como síntesis de sentido con el que los actores sociales asumen su vida en sociedad; allí se forman las valoraciones de lo justo y lo injusto, de lo correcto y lo incorrecto, de lo deseado y lo repudiado. Es en el terreno de las confrontaciones de sentido que se libran al nivel de la conciencia, gracias al acervo subjetivo de conocimiento (información acumulada respecto al tópico común pero también a otros que se anclan a esa discusión vigente), en el que establecen las condiciones ideales del bienestar, las valoraciones comparativas con la condición “real” del

bienestar y las rutas para alcanzar y acercar estas caras de una misma moneda.

El capital social que se produce en la acción de estar juntos y ser juntos en Buenaventura plantea unas formas alternativas de hacer lo político, que podríamos enunciar así:

- lo cultural: formas organizativas que usan las prácticas tradicionales y los elementos de identidad afropacífica como enclaves de representación y de adscripción identitaria, desde donde los jóvenes reivindican sus costumbres, su legado histórico, y hacen una lectura conflictiva de su cultura.
- lo mítico-religioso: modelos de comprensión de la relación con los demás, que se mueven en los marcos de la asistencia social y la ayuda carismática, desde una especie de solidaridades confesionales con las que se identifican.
- lo institucional: aunque exista una crítica a las formas convencionales de hacer política, también hay una conciencia de la importancia instrumental de estos canales de interlocución con el Estado, que pasa por un uso conveniente de los mecanismos de participación, pero que no agota la acción grupal allí.

Desde las agrupaciones artísticas, comunitarias, académicas, políticas e incluso religiosas, se muestra cómo se configuran las necesidades sociales en la conciencia a partir del intercambio provocado por la experiencia de estar juntos, lo que nos permitiría decir que cuando los jóvenes se acercan a un grupo no llegan con la conciencia de resolver necesidades sociales, sino que las resuelven en la medida en que participan en el grupo, y esta es quizá una característica diferencial con el común de las formas asociativas del mundo adulto, que habitualmente se crean bajo la clara y definida perspectiva de resolver necesidades sociales más o menos identificadas con anterioridad, como las ligas de usuarios de la salud, las juntas comunales o vecinales, las asociaciones de productores agropecuarios, los comités de apoyo a situaciones comunitarias, etc.

4. ¿Cómo se articulan las características de capital social?

Fundamentalmente, el capital social funciona como el terreno simbólico, inmaterial e interactivo que posibilita esta construcción de intersubjetividades y esas disposiciones a una solidaridad instituyente, pues propone unas relaciones cooperativas, de confianza y asociatividad, en medio de las cuales cobra sentido actuar en conjunto.

Así identificamos el capital social que circula entre las agrupaciones juveniles bonaverenses como recursos intangibles, referidos a las relaciones que establecen las personas y los grupos humanos dentro de un marco de construcciones intersubjetivas compartidas, las cuales median esas mismas estructuras de las relaciones que lo constituyen. En otras palabras, es posible entender ese capital social de los grupos juveniles como transacciones interaccionales orientadas al aprovechamiento de los recursos sociales dispuestos en un contexto particular de relación (el grupo), a la manera como Zemelman (citado en Torres Victoria, 2003: 345) define los nucleamientos colectivos.⁸

Estos nucleamientos colectivos, de los cuales el sujeto joven hace parte, se configuran a partir de recursos del orden afectivo-emocional, cognitivo o material, con los que se establecen intercambios entre los sujetos que constituyen las redes particulares de la interacción, a partir de las propias contribuciones que este realiza en acciones, palabras, tiempo, dedicación, etc. Revisar las relaciones de alteridad entre los pares constituye entonces una tarea urgente para continuar nuestras pesquisas en torno a la relación entre capital social y sujetos sociales y políticos.

Si tenemos en cuenta que en nuestra definición de lo juvenil se le otorga un peso preponderante a la interacción con los pares en el contexto sociocultural donde esta se produce, cabe reconocer también la importancia

⁸ Los nucleamientos de lo colectivo son la concreción empírica donde tiene lugar el desarrollo del proceso de construcción de la subjetividad (de las necesidades, de la utopía y de la experiencia), y se entienden como los ámbitos donde la subjetividad individual se abre a nuevos espacios de experiencias compartidas, es decir, como el lugar “de la relación de intersubjetividades desde la cual los individuos y los grupos sociales, por medio de sus prácticas materiales y simbólicas, realizan su propia construcción de la realidad, constituyéndose entonces una subjetividad social particular —como la familia, el grupo de trabajo, la misma comunidad, o bien los grupos de referencia que pueden ser externos a está—” (Torres Victoria, 2003: 345).

central que tienen los jóvenes, los que constituyen ese “nosotros” de referencia, en la definición de adscripciones identitarias (Reguillo, 2000: 55) con las que van configurando su identidad social, como espacios de la interacción, del encuentro de las subjetividades (individual y colectiva) y de la configuración del reconocimiento de los otros (adultos, otros jóvenes, géneros, etc.), que en un momento dado pueden constituirse en factores determinantes para ganar conciencia histórica y dar paso al tránsito como sujetos sociales y políticos. Desde luego, no es un tránsito mecánico, lineal, ni tampoco es el único factor que resume la complejidad de la constitución de los sujetos sociales; sin embargo, por su carácter transaccional, tiene un peso de relativa importancia para este estudio.

El valor heurístico de esta perspectiva es innegable, en tanto connota formas empíricas del estar en el mundo, necesarias como reflexión sobre la intervención en lo social,⁹ para estimular la participación o para entender cuáles son las trabas que esta debe enfrentar. Es claro que sin vínculo social no hay participación comunitaria, ni social, ni política.

5. A manera de conclusión: ¿y qué de la política social?

En el actual escenario de exclusión y marginación social, provocado por el modelo mundo de sociedad, ideológicamente inscrito en las concepciones del pensamiento único, que amplían los discursos formales de la inclusión y las ciudadanías y al mismo tiempo reducen las condiciones y posibilidades efectivas para su ejercicio directo, mucho más en contextos con tan complejos mapas de vulnerabilidad para poblaciones específicas

⁹ Entenderemos aquí la *intervención en lo social* en un sentido bastante amplio (y quizá grosero con los profesionales de la intervención), que para efectos prácticos nos permite dilucidar de forma aglutinante las acciones de distinto orden que desarrollan quienes participan en las prácticas asociativas juveniles. Como diría Javier Corvalán (1996), al proponer algunos paradigmas para reflexionar sobre lo social desde concepciones de la intervención en la sociedad, el concepto de intervención social alude a una acción organizada de un conjunto de individuos frente a problemáticas sociales no resueltas en la sociedad a partir de la dinámica de base, en el marco del funcionamiento de la sociedad capitalista de mercado y los parámetros del derecho. No obstante, estas acciones decididas tiene una inspiración en fines mayores de la sociedad y en el funcionamiento (como apoyo o crítica) del modelo de desarrollo de sociedad propuesto —lo que le permite a Corvalán catalogarlas como sociopolíticas, en oposición a las filantrópicas o caritativas, cuya inspiración es teológica—. En este sentido, toda intervención en lo social, de carácter sociopolítico, supone dos aspectos centrales: un dilema ético, desde donde valora lo justo y lo injusto, lo deseable y lo indeseable, en función del bienestar, y una capacidad técnica, para hacer operativas las ideas que surgen en el seno de sus aspiraciones.

como los jóvenes (reclutamiento forzado al conflicto político, dinámicas del narcotráfico, imaginarios de migración y translocalización de identidades, multiculturalismo y exclusión, etc.), las dinámicas asociativas juveniles que se proponen desde marcos éticos y estéticos de una acción solidaria, cooperativa y de bien común, constituyen un terreno altamente favorecedor de un ejercicio de ciudadanía activa, desde abajo, pues no propone la mera enunciación de deberes y derechos o su objetivación jurídica e institucional, sino que aboga por unas prácticas cotidianas de tales condiciones.

Si entendemos la ciudadanía plena como la posibilidad que tienen las personas (en este caso los jóvenes) de experimentar la vivencia total o plena de sus potencialidades y la satisfacción total o plena de sus necesidades humanas, en un marco sociocultural y político de reconocimiento e inclusión de esas potencialidades y necesidades humanas, el reconocimiento, el acceso real y la garantía de derechos por parte del Estado y de la sociedad en general es el marco que puede garantizar esa ciudadanía plena. No obstante, el caso aquí estudiado puede llegar a ser diametralmente distinto a este tipo ideal (parafraseando a Weber) sobre el cual podría leerse el ejercicio de la ciudadanía de los jóvenes bonaverenses, pues es claro que los mundos adultos, y especialmente la política institucional (e institucionalizante), no reconocen el potencial transformador ni la llamada de atención que los jóvenes despliegan con su crítica a la política como la conocemos.

Un ejercicio coherente con ese reconocimiento y esa inclusión demanda una política social que sea capaz de escuchar a sus jóvenes y que produzca las disposiciones necesarias en consonancia con un terreno potencialmente propicio tanto para la construcción de capital social entre los sujetos participantes de dichas dinámicas, como para la constitución de los mismos como sujetos sociales y políticos. Y esto se logra con la apertura de espacios de participación efectiva, que implica la toma de decisiones y la concertación de la orientación del futuro como desafío colectivo y emergente, reconociendo las formas asociativas y su potencialidad, que no necesariamente demandan su institucionalización, pero sí buscan superar el asistencialismo con el que históricamente se han abordado.

6. Referencias bibliográficas

- Berger, Peter y Luckmann, Thomas (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Corvalán, Javier (1996). “Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad”. Tesis doctoral, Departamento de Sociología de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.
- Erazo, David (2007). “Buenaventura, conflicto y trabajo social. Intuiciones iniciales para una arqueología de la intervención de trabajo social en el contexto local” (inédito).
- Melucci, Alberto (2004). “Procesos de identidad colectiva”. Traducción no publicada: Rodríguez, Alba Nubia.
- Ortega y Gasset, José (1981). *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Alianza.
- Reguillo C., Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- Sánchez, Alfaima y González, Jesús Darío (2006). *Ciudad, conflicto y generaciones. Una aproximación a la génesis*. Fundación Ciudad Abierta. Cali
- Torres Carrillo, Alfonso (2007). *Identidad y política de la acción colectiva. Organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá 1980-2000*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Torres Victoria, Liliana Patricia (2003). “La constitución del sujeto social y el trabajo social”. En: XI Congreso Colombiano de Trabajo Social (memorias). Manizales.
- Vélez Ramírez, Humberto (1992). *Lo constitucional, lo real y lo imaginario del Estado. Doce ensayos sobre el Estado y la democracia en Colombia*. Cali: Universidad del Valle. Colección Edición Previa - Serie de investigaciones.